

EL MONASTERIO DEL PAULAR SE HU

Madrid. Virginia Ródenas
Por la carretera que llega hasta Rascafría, el otoño ha puesto el amarillo a la arboleda que recorre, a cierta distancia, las aguas del embalse. El valle del Lozoya está mudo hoy, cuando uno atraviesa bajo las nubes la mejorada carretera hasta la cartuja de Santa María del Paular. Quizás enturbie el disfrute del viaje la adver-

ldefonso Gómez, padre prior de la comunidad de benedictinos que habita Santa María del Paular, tiene el humor fino de los sabios y la apariencia humilde de los monjes. Su memoria es prodigiosa y habla de la Historia con una facilidad que más parece el relato de un chascarrillo que la narración de los grandes acontecimientos que han visto a lo largo de seis siglos los magníficos muros de piedra de este monasterio.

El rector, recordando las palabras de un ilustre visitante que tuvo la suerte de recorrer de su mano, como pudimos hacer nosotros, el edificio, apostillaba que la desamortización terminó con el 60 por ciento de los grandes monumentos culturales de nuestro patrimonio y la quema de conventos, con el 10, «de lo cual resulta que sólo hemos podido conservar un 30 por ciento». El saldo de estas actuaciones no puede ser más dramático. Bueno, sí: ahora se está perdiendo parte del Paular por falta, como ya se dice al principio de estas líneas, de presupuesto, y esto ocurre delante de nuestros ojos de fin de milenio, seiscientos años después de que Juan I, cumpliendo con ello la voluntad testamentaria de su padre Don Enrique II, diera a los cartujos el término del «Pobolar» y 20.000 ducados para acometer la construcción del monasterio. Era la enmienda a una de las últimas gestas del monarca que había terminado en la destrucción de un convento en Francia.

No es que en estos días haya que emplear parte de los dineros públicos que gasta el Ministerio de Cul-

tura y la Comunidad autónoma de Madrid en reparar con pecunio al clero fatales culpas de otros tiempos, aunque las haya, sino que se trata de salvar un monumento nacional, patrimonio de todos los españoles, de valor incalculable, tanto por lo artís-

El desvío de dinero «hacia la reconstrucción de teatros, como el Liceo, ha paralizado las obras de restauración durante casi dos años», asegura el prior del convento

tico como por cualquier otro aspecto, y que es remendado durante años sin que se afronte de manera decidida su recuperación total.

Un siglo de abandono

Hoy las nubes han vencido sobre Guadarrama. El claustro de la que fuera durante cuatrocientos años, junto a la de Sevilla, la cartuja más imponente de Europa y centro de poder fabuloso, se vence por la humedad, el hielo, la nieve y los años de abandono, en total ciento diecinueve, hasta que fue encomendado su cuidado a estos monjes benedictinos, hace ahora cuarenta y un años.

Unos trabajadores martillean sobre una parte del tejado del claustro, en el lado contrario a donde se encuentra el comedor y en ángulo con el área de vivienda de los religiosos. Dice el padre Ildelfonso, mentando un antiguo comentario, que los jesuitas son el «ejército de Dios» porque habitan lugares austeros y funcionales,

tencia del aviso: parte del Claustro se hunde y otras dependencias, apuntaladas, como la pequeña biblioteca del clero, presentan boquetes tan grandes en sus techos, que casi están descabezados. El culpable, como casi siempre, el presupuesto escaso. «Es que ahora —se lamenta el prior— Cultura prefiere invertir en teatros, como el Liceo, que en estos monumentos».

como cuarteles, y que los benedictinos son artistas porque viven en auténticos monumentos, que les hacen brotar arte por todos sus poros. Cuando explica esto, el prior se ríe y muestra la figura de un santo en arcilla, que se seca en el alféizar de la ventana de la antigua salita de estar-biblioteca-aula del clero, que ahora se sostiene apuntalada por andamios. «Es un buen artista el hermano José María. El suyo es un arte exótico, exuberante...»

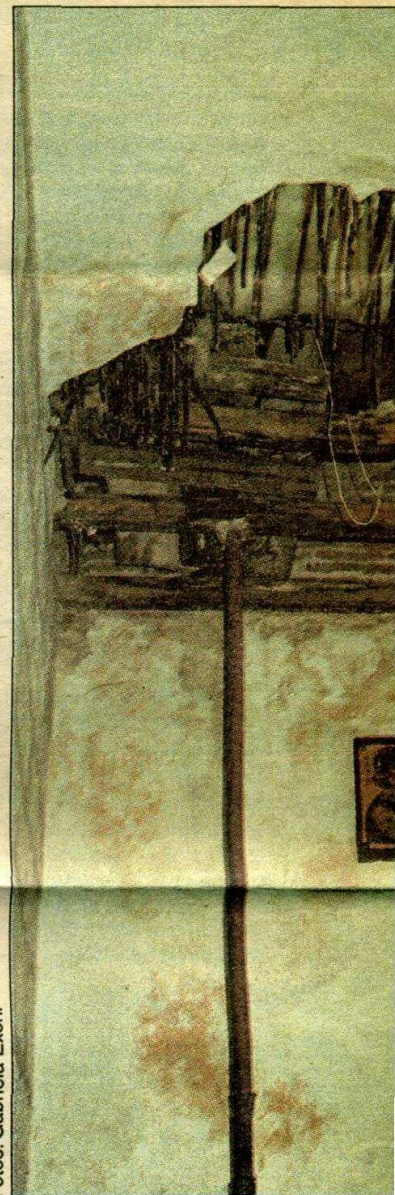
Arriba, no hay techo. Vigas de madera podridas por la humedad respiran al fin descarnadas. Todo se ha venido abajo. Ya por la escalera, en cuyo reposamanos se apoya otra muleta de hierro de la techumbre, se vislumbraba el desastre.

A pesar de todo, no han sido las heridas físicas las que más han cercenado el monasterio y la voluntad de estos monjes. «Han sido cuarenta y un años de sufrimiento moral», añade el rector. El rosario de penalidades que por las inclemencias del tiempo y la delicada salud de la construcción padeció esta comunidad pasa por trasladar de unas estancias a otras las joyas que aún conservaba el monasterio. Retablos, telas y tablas recorrieron la cartuja a hombros de los benedictinos, huyendo de la humedad. «Con todo —añade— se perdieron pinturas de Carducho, Martín Galíndez, Lanchares y Sánchez Catán».

Tareas divididas

A pesar de ser día laborable, las visitas al Paular no han cesado en toda la mañana. El retablo de Churriguera que preside la iglesia, es reclamo en el mundo entero. La antecámara y la cámara no son visitables porque, mientras que la primera permanece casi en su estado original, en la segunda aún se trabaja. Los labores de restauración del

barroco las lleva a cabo la Comunidad autónoma, y las de renovación de las cubiertas del claustro, el Ministerio de Cultura. Pero siempre se anda pendiente del presupuesto que ni llega a tiempo ni es suficiente. También ha colaborado en la aportación de dineros la Caja de Madrid. «Eso es lo que nos hace falta, "sponsors", o mecenas como siempre los hemos llamado nosotros, que vienen



Fotos: Gabriela Exeni

La humedad ha podrido las vigas de

a ser lo mismo pero poniéndolos el nombre en castellano que para eso lo tenemos».

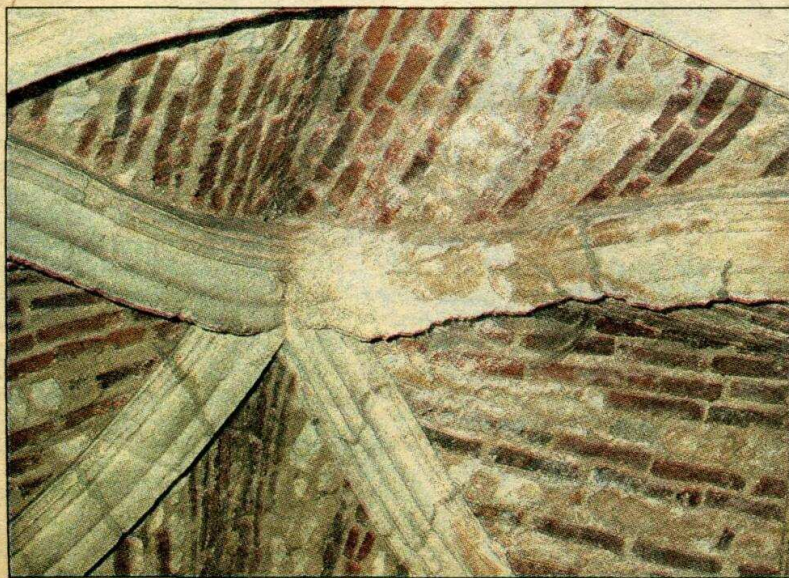
El gran proyecto director de rehabilitación de todo el conjunto va por fases y, lo que es peor, por capítulos presupuestarios. Desde el Ayuntamiento de Madrid,

El claustro y el ala donde viven los benedictinos, las zonas más afectadas de ruina

un concejal comentaba el otro día que «parece mentira que el Gobierno regional de Leguina haya estado empeñado en buscar y rebuscar algún tesoro en el subsuelo de la plaza

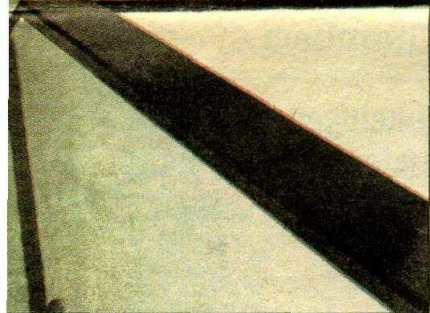
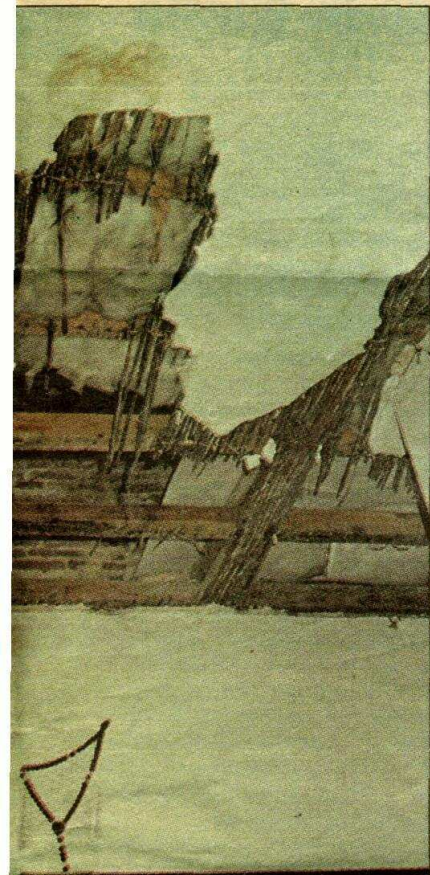
de Oriente, poniendo un celo jamás antes conocido, mientras se desmoronaba ante sus propias narices un monumento de tantísima importancia como el Paular»

Así, los benedictinos ven pasar el dinero, el poco que les llega, casi sin dejar huella de mejora. «Porque dicen que nos dan tanto, pero de ahí hay que descontar lo que se lleva el arquitecto, lo que hay que pagar de



La lluvia que se cuela por el tejado amenaza con hundir el claustro

DE ANTE LA FALTA DE PRESUPUESTO



y los techos tienen que ser apuntalados

derechos reales y otros impuestos, lo que se quedan los intermediarios... total que a la hora de la verdad... Si a nosotros nos dejaran administrarlo sería otra cosa. Hace cuarenta años nos dieron setenta mil pesetas y no se hace usted una idea de todo lo que pusimos con aquello. Todos se quedaban admirados del partido que le habíamos sacado a ese dinero. Sin embargo, unos años más tarde, nos dieron once millones que gestionaron otros y la mayoría se quedó en el camino. Aquí va a llegar un momento —comenta el prior con una sonrisa— que vamos a tener que hacer lo que hacía un hermano de Usera, allá en Galicia. Este hombre, que era maestro de obras o algo así, a la vista del poco dinero con que contaban para sanear el monasterio, arregló por su cuenta y con lo que él sabía una de las columnas que sostenían el edificio. La otra columna gemela, la dejó tal cual, y cuando alguien iba y preguntaba le decía que no tenían dinero y se lo daban. Entonces empleaba ese dinero en arreglar otra cosa, tal vez más importante



La cartuja de Santa María del Paular, durante 400 años centro de poder en Europa, es monumento nacional

que esa columna pero que no se veía. Al tiempo volvían, de nuevo veían aquel pilar tan estropeado en comparación con el que había arreglado y le daban más dinero y él lo volvía a gastar... Así consiguió terminar el arreglo de todo el convento gracias aquella columna, que sirvió como anzuelo».

También dice el padre Ildelfonso, como colofón a su historia, que le urge al monasterio una reparación de todos los saneamientos. «Todos los drenajes que atraviesan el subsuelo se han convertido en almacenes, y las aguas en vez de circular se estancan y suben, provocando la humedad el desmoronamiento de las paredes. Para examinar cuál era el estado de estas vías los técnicos llegaron a la conclusión de que había que hacer trece comprobaciones, pero el dinero no daba más que para siete, así es que se escogieron los puntos más significativos».

Aquellos pobladores ilustres

La conversación con el monje hilvana desde estos apuntes técnicos hasta el recuerdo de los antiguos pobladores del Guadarrama, «como esas serranas a las que estando aquí describió el Arcipreste, que todavía parece como si las viéramos recorrer el claustro con tanta donosura».

Luego sobresalta la muerte, la del hijo de Menéndez Pidal, que expiró un verano en el patio del Ave María, o el trabajo esforzado de Enrique de Mesa en la celda del archivero. Porque todos ellos habían escogido las antiguas ha-

bitaciones de los cartujos como caistas donde pasar los meses de estío o donde procurarse en la temporada más cálida dosis por contagio de inspiración y de arte.

Precisamente para ponerle letras impresas a esta memoria el propio rector junto a Isidro Bongocorviso escribieron un libro que hace casi dos años fue entregado a la Consejería de Cultura de la Comunidad autónoma, entonces regida por Joaquín Leguina, que prometió su publicación y de la que nada se sabe hasta la fecha. El prior está

convencido de que con el actual gestor no habrá que darlo por perdido.

Y mientras se preparan los papeles para la devolución de los tesoros artísticos de la cartuja, que se hallan repartidos a lo largo y ancho de nuestra geografía, la anémica esperanza que aún vive en los benedictinos se alimenta con la llegada del próximo mes de marzo en que, «si Dios quiere», Su Majestad el Rey, presidente de honor de la Sociedad de Amigos del Paular, reinaugurará la restaurada antecámara de la iglesia. «Posiblemente, el gran impulso».



La falta de saneamiento en el subsuelo hace que el agua suba por las paredes